



### ALGO SOBRE PARLAMENTARISMO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1914.

Al hablaros del libro de Azorín—"Un discurso de La Cierva comentado por Azorín"—cuando os expuse mi fórmula del liberalismo: La Humanidad y los vivos; frente a la que él, tomándola de Barrés, nos da del conservadorismo: La Tierra y los muertos; os decía que hay en ese libro una rápida y brevísima crítica del parlamentarismo. Conviene tener presente que Azorín es parlamentario o por lo menos es diputado a cortes, que asiste con gran asiduidad a las sesiones de nuestro congreso y que uno de sus mayores éxitos literarios fueron las crónicas parlamentarias que hizo en un tiempo desde la tribuna de la prensa, comentando las sesiones. Conoce, pues, el paño.

El descrédito de nuestro parlamento es entre nosotros grandísimo. Mas no así entre los extranjeros que lo visitan y que lo encaran con muy otro espíritu que nosotros, y mirando acaso más a la estética y las formas que a la eficacia política. Precisamente tuve en Madrid hace pocos días el gusto y alto honor de conversar largamente con el ministro de la Argentina, D. Marco Avellaneda, de cuya conversación salí encantado, y oí de sus labios grandes elogios a nuestros oradores parlamentarios. Había asistido a dos debates: el de la contestación al mensaje de la corona y el de la guerra de Marruecos, y me aseguró que había oído en ellos no uno, sino varios discursos dignos de cualquier parlamento. Y nótese que el Dr. Avellaneda, que ha viajado bastante, conoce otros parlamentos y es él, por su parte, un gran parlamentario. Nunca olvidaré su brillantísima intervención en el debate sobre la ley de divorcio que en 1902 se sostuvo en la cámara de diputados de esa República Argentina, y al cual me ha referido antes de ahora en estas columnas.

Es muy posible, en efecto, que nuestro parlamento no sea inferior a otros parlamentos, y desde luego, se dice que sus debates se suceden con más solemnidad y en formas más corteses y moderadas que en otros. Mas esto puede no querer decir sino que hay en el nuestro menos pasión y sinceridad, más farsa y más convenciones. Los debates del parlamento francés se convierten fácilmente en diálogos; mientras que en el nuestro suelen sucederse los largos y rotundos discursos, no pocas ve-

ces embotellados. Lo que depende en gran parte de que los españoles, en fuerza de querer ser oradores, somos malos conversadores o dialogadores.

Estamos habituados al monólogo. Nuestros diálogos suelen ser monólogos entreverados.

Hay en nuestro parlamento cuatro o cinco tenores, los que pasan por primeros espadas de nuestra oratoria política, que se reservan para las ocasiones, estudiando las frases y más que las frases los gestos. Sólo hablan en las grandes ocasiones, recitando entonces el discurso que desde hacía días venían preparando. Son actores trágicos que por lo común se agotan en el momento estético. Y ¿cómo va a pedirseles la intervención inesperada y breve, el discurso improvisado y rápido, la réplica, el diálogo? Su arte escénico padecería. Tienen que cuidar de su prestigio.

Los he llamado actores trágicos, y así son. La ligereza, la gracia, la amenidad, la agilidad, no son sus características. En nuestro parlamento podrá encontrarse de todo, menos gracia. Nuestros actores cómicos parlamentarios son detestables y rara vez pasan de bufones. Siempre he creído que el español, fundamentalmente serio y hasta fúnebre, tiene muy poca gracia. El chiste madrileño suele ser la cosa más desgraciada que cabe darse. Y cuando se coge el Diario de sesiones de nuestro congreso y se recorre las acotaciones deteniéndose uno donde dice «risas», hay que reírse no de lo que dijo el diputado a quien le rieron el chistecillo, sino de la infantil ingenuidad de los pobres diputados que se ríen de semejantes gansadas. No, no es la gracia la característica de nuestro parlamento.

Ni tampoco la pasión y, consiguientemente, la sinceridad. Rara, rarísima vez se oye allí una voz cálida y vibrante, con calor íntimo, y que rompa los vergonzosos eufemismos. Todo parece ensayado y preparado de antemano, y que el ministro sabe al dedillo lo que el diputado le va a decir, y éste sabe lo que va a contestarle aquél. Todo es arrastrado y cansino. Hiede a muerte allí. Y el lenguaje mismo que se emplea es un lenguaje convencional y falso, lleno de tranquilas y de rípios, con fórmulas casi pre-históricas. Nada disuena más allí, en aquella campana neumática, que la voz de la calle. La modorra reina en soberana.

Y vengamos ahora a lo que Azorín, el diputado mudo, nos dice en su libro sobre el parlamentarismo. «Serán inútiles—escribe—cuantos esfuerzos haga el político para buscar en un estado parlamentario las causas de la confusión, del desorden, de la incompetencia y de la infructuosidad. Las causas de todo esto están en el mismo régimen parlamentario. El régimen parlamentario es el régimen de opinión. ¿Qué es la opinión? ¿Cómo se hace y dónde se encuentra? La opinión es una cosa variable, fluctuante, apasionada, superficial». Deténgamonos.

Yo no sé lo que será en otras par-







tes, pero en España no cabe decir que el régimen parlamentario sea régimen de opinión. Hay poca, muy poca opinión política en España; una de nuestras mayores desgracias nacionales es la endeblez y la penuria de nuestra conciencia pública nacional, pero puede afirmarse que esa poca opinión no está representada en el parlamento. Conozco distrito rural cuya verdadera opinión dominante, por pobre que la supongamos, tiende hacia la reforma agraria y la supresión de los males de latifundio y está representado por un gran propietario latifundioso, feroz cacique y tirano de los mismos que le han votado. Sus mayores enemigos son los que por miedo o por ventura le dieron o le vendieron sus votos. Y así resulta que nuestro parlamento, muy poco intelectual, sin duda, no representa ni mucho menos el nivel medio de la inteligencia española, sino algo más bajo. Los representantes suelen ser muy superiores a sus representados. Y conozco también distrito en que desde hace años se viene votando a un pobrecito mentecato, a un correveidille y agente de menesterillos a quien todos sus votantes desprecian y le votan precisamente por eso, para poder mejor despreciarle y reírse de él y ponerle en berlina. Le votan por su insignificancia, que es una insignificancia representativa. Es diputado por la envidia democrática.

Sigue tratando Azorín de la opinión pública y escribe: «Hoy hemos llegado a hacer una abstracción de este factor social; a las antiguas abstracciones hemos substituido otras, seguimos siendo tan supersticiosos ahora como antes. Cuando vamos en el tren, o estamos un momento en un café, o entramos en una tienda, escuchamos

fragmentos de diálogos en que, tratándose de las cosas más delicadas, por ejemplo, expresan los juicios más absurdos. Nos asombramos en nuestro interior de tal manera de pensar, pero no podemos exigir que este hombre que ha estado junto a nosotros tenga los conocimientos, la perspicacia, el patriotismo y la serenidad de un hombre de gobierno. Y sin embargo, en un estado parlamentario este hombre—con millares y millares de sus semejantes—es quien gobierna. Y este hombre y la muchedumbre de sus congéneres forman la opinión, que es una creación de la inteligencia—influendo sobre las muchedumbres—la cual opera su labor estando esclavizada por el Dinero, la Industria, la Finanza. Carlos Maurras ha escrito páginas profundas sobre este fenómeno social del mundo moderno en su libro—un poco pesimista—«L' Avenir de l'intelligence». Detengámonos otra vez.

Es indudable que hoy más que antes, y en virtud sobre todo de la difusión de la prensa que hace creer a las gentes que se enteran de todo y llegan a poseer la clave de la enciclopedia de los conocimientos humanos, apenas hay quien no se atreva a emitir los juicios más absurdos sobre problemas cuyos fundamentos ignora. Pero que sean esos hombres los que gobiernan es ya otra cosa. No gobiernan los ciudadanos que emiten su sufragio; gobiernan a lo sumo los partidos políticos. El parlamento, lo repito, no representa la opinión media de la nación, la opinión dominante, por débil y equivocada que sea. Lo peor del régimen parlamentario es que no es representativo. Si el parlamento representase siquiera esa opinión pública variable, fluctuante, apasionada y superficial, sería mucho mejor y más eficaz que hoy es. El parlamento representa a lo sumo una opinión pasiva o recibida, la que los diarios de más circulación—extensión y secuela del parlamento y de sus partidos—dan a sus lectores, no la opinión activa de éstos. Porque aquí se da hoy el fenómeno de que los lectores de periódicos opinan, por lo general, en contrario del periódico que leen. Y lo leen para eso: para discrepar de él y para maldecirlo.

Muy cierto que la inteligencia crea la opinión operando esclavizada por el dinero, la industria, la finanza. Recientemente he repetido una vez más en Madrid—y por haberlo dicho en Madrid ha tenido mayor resonancia, llegando hasta el parlamento mismo—que este, nuestro parlamento, se compone en general de ricos, que son los mejores; de criados de ricos, que son cien veces peores que ellos y de abogados de ricos, que es lo último que puede ser en el orden moral. Pero si el dinero, la industria y la finanza son los que en realidad gobiernan, forjando la opinión pública, ¿es que no habían de gobernar lo mismo una vez suprimido el parlamento? Aun más y sin tener que temer fiscalización alguna, por débil que ella sea. Los poderes que hoy gobiernan, sirviéndose del parlamento, son los mismos que gobernarían no existiendo él. Y por pequeño freno que les imponga eso de tener que ir a dar cuenta de su gestión y por mal que lo hagan, algo es algo. Malo y todo el parlamento es hoy por hoy la única fiscalización. Su labor legislativa suele ser desdichadísima, pero su labor crítica algún valor alcanza.

Sigue Azorín: «En lo espiritual, como en lo material, el progreso es la lucha de los pocos, de las individualidades fuertes, contra la opinión, contra la masa». Esto es ya de clavo pasado y se ha dicho miles de veces. Si en toda innovación siempre es uno el que empieza por tener razón contra

10







todos los demás. Pero no olvidemos que acaba por tenerla con todos los demás y que en cierto sentido puede sostenerse que no tiene razón hasta que no gane el asenso de los otros. Porque la razón es colectiva. Y desdichado del que se gana muy pronto y con facilidad la opinión de los otros.

Creo más aun, y es que la lucha de un pensador con su público debe ser inacabable. El escritor, por ejemplo, debe vencer dejándose vencer, es decir, haciendo que sus lectores entren al fin por asalto en su reducto y exclamen: ¡Pues claro está que es así! El mayor triunfo de un escritor es que aquello que parecía una extravagancia o una paradoja a sus lectores cuando empezó a exponérselo, acabe por parecerles una perogrullada y una cosa de clavo pasado. Que empleen diciendo: «¡En mi vida he oído tal cosa!», para que acaben en decir: «¡Pero si eso es lo que se le ocurre a cualquiera...!» Mas una vez que el público le ha tomado a un escritor su reducto, éste debe retirarse a otro y defenderlo, e ir así, de reducto en reducto, sin dejarse nunca vencer del todo y convencido de que la última verdad es siempre inasequible. El que no mantiene siempre a la expectativa a su público no debe escribir ni hablar para él. Desgraciado de aquel de quien se sabe siempre lo que ha de escribir o decir sobre un tema cualquiera!

Escribe luego Azorín de la lucha de Stephenson, el inventor de la locomoción a vapor, en 1825, contra la opinión pública. Y pasa a hablarnos de la memorable sesión del 15 de julio de 1870 en la cámara francesa, en que Thiers se enfrentó con la opinión pública de su país. «Inminente la declaración de la guerra por el parlamento, enardecidos los ánimos, en un ambiente de vociferaciones y de gestos violentos Thiers se oponía a la declaración y pedía «quelques instantes de reflexión avant de prendre une resolution aussi grave». Se interrumpía su discurso con gritos ardorosos y groseros dieterios. «¡Sois la trompeta antipatriótica del desastre!», llegó a gritarle un diputado. «¡Ofendedme! ¡insultadme!—exclamaba el orador.— ¡Yo estoy dispuesto a sufrirlo todo por defender la sangre de mis conciudadanos, que vosotros estáis dispuestos a derramar tan imprudentemente!» Thiers, clarividente; Thiers, razonador, gran patriota, fué vencido. Triunfó la opinión... Gobierno parlamentario es gobierno de incoherencia. No

se podrá hacer obra duradera en un país de parlamentarismo. Lo que haga de fecundo y de bienhechor un gobierno lo destruirá otro. Los gobiernos serán pandillas de políticos profesionales. Sólo una fuerte dirección suprema que neutralizara en lo posible, si no anulara, los efectos del régimen, podría hacer que un país parlamentario progresara». Volvamos a detenernos aquí un momento.

Como Francia fué vencida en la guerra del 70, la actitud de Thiers en la sesión del 15 de julio nos resulta hoy la de un patriota clarividente, y la del parlamento como hija de una locura. Es un juicio «a posteriori». Y es muy fácil echar la culpa de la derrota de Francia entonces al parlamento francés de 1870. Prosigamos.

Sigue escribiendo Azorín: «Hace poco leíamos un artículo de un ex diputado del parlamento alemán («Le rois du Reichstag», por el clérigo E. Wetherlé, en «L'Echo de Paris», del 17 de septiembre de 1914, edición de Burdeos). No es una autoridad política ni filosófica el autor del artículo; pero son, sí, interesantes sus palabras, por tratarse de un antiguo miembro del Reichstag. Cosa curiosa: todo el artículo, que está escrito como lamentación de que el Reichstag no sea un verdadero parlamento y no haya sido tenido casi para nada en cuenta en la vida oficial de Alemania; todo el artículo está demostrando lo utilísimo de esta anulación casi total del parlamentarismo en un país parlamentario. ¿Hubiera llegado Alemania a tener su enorme fuerza—científica, industrial, militar—sin esa anulación? «¡El Reichstag!—exclama Wetherlé—mejor sería que no habláramos de eso. Alemania no conoce el parlamentarismo. Siempre que la representación nacional ha esbozado un gesto de resistencia, los gobiernos confederados han autorizado al emperador para que lo disuelva, y el pueblo ha enviado siempre a Berlín una mayoría más dócil...» Todo el artículo es sumamente instructivo. Y lo que es más instructivo aun es esta comparación entre el régimen parlamentario francés y embusete de parlamentarismo alemán.

La memorable sesión del 15 de julio de 1870 en la cámara francesa, resultó «a posteriori», y en vista del resultado de la guerra franco-alemana, reveladora de incoherencia e imprevisión.

Esperemos ahora unos meses a ver

li





Algo sobre parlamentarismo... y \$-

4-78



si el régimen alemán, que no es de opinión pública—sabido es que los alemanes no tienen otro criterio político que el que sus autoridades les ordenan tener,—resulta más coherente. El alto mando alemán, ese que dispone siempre de mayorías dóciles y ante el cual hasta los socialistas se rinden, ha lanzado a Alemania a una guerra sin provocación alguna previa de sus enemigos, e inventando para ello todo género de falacias para acabar invocando la necesidad. El canciller se ha permitido expresiones que parecía imposible pudiesen brotar de un hombre público europeo al cabo de veinte siglos de cristianismo. Dejemos que pasen unos meses y se verá si no puede decirse del alto mando alemán lo que se dice de la cámara francesa de 1870, y si toda su cacareada previsión no resulta al cabo cosa tan incoherente como la otra. Porque es indudable que el imperio militar y mercantil prusiano ha preparado al pueblo alemán, o mejor, a los pueblos alemanes, para todo menos para la derrota. Y entonces, cuando esta guerra concluya, podremos decir si el parlamentarismo a la francesa y a la inglesa, con ser todo lo malo que Maurras quiera, no es cien veces mejor que el régimen del Reichstag, con sus mayorías dóciles—la palabra es otra,—y sus partidos, sin apoyo en una opinión pública, que allí no existe de veras.

Y entonces se verá también si esa enorme fuerza científica, industrial y militar de Alemania, de que tanto se habla, no la ha comprado a costa de otros bienes espirituales, menos tangibles, menos espectaculares, menos de apariencia y relumbrón, pero de mucho más valor para los que nos preocupamos ante todo y sobre todo de salvar la personalidad y de ser hombres, verdaderos hombres, con libre conciencia y pensando por nuestra propia cuenta. Y preferimos siempre el orgullo individualista a la vanidad que se desarrolla en los que forman parte de una grey bien apacentada.

MIGUEL DE UNAMUNO.

aves



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S